



LENGUAJE

- SEMANA N°: 2
- CLASE: N° 1
- CURSO: Octavo Año Básico
- DOCENTE: Daniel Mora
- CORREO ELECTRÓNICO: dmora@americanacademy.cl
(solo será contestado en días y horarios hábiles)

OBJETIVOS: Analizar textos literarios de diversa índole reconociendo narradores, alteraciones temporales y visión de mundo de los autores.

CONTENIDOS DE LA SEMANA: Narradores según su grado e importancia, tiempos narrativos y alteraciones temporales; y visión de mundo de los autores.

La semana anterior te fueron presentados los contenidos relacionados con los objetivos declarados en esta guía, ahora te toca poner en práctica lo aprendido. A continuación, lee el siguiente texto y contesta las siguientes preguntas.

Preguntas antes de la lectura:

1. ¿Has asistido a un concierto?, ¿de qué tipo?
2. ¿Tienes alguna afición como tocar música, practicar un deporte u otro?, ¿cuál?
3. ¿Qué palabras crees que encontrarás en el relato?
Marca
 - Violín
 - Público
 - Fama
 - Tristeza
 - Director
 - Periodista
4. ¿Qué sensación provoca en el público el que una pieza musical sea ejecutada con destreza?

El Concierto

Dentro de escasos minutos ocupará con elegancia su lugar ante el piano. Va a recibir con una inclinación casi imperceptible el ruidoso homenaje del público. Su vestido, cubierto de lentejuelas, brillará como si la luz reflejara sobre él el acelerado aplauso de las ciento diecisiete personas que llenan esta pequeña y exclusiva sala, en la que mis amigos aprobarán o rechazarán —no lo sabré nunca— sus intentos de reproducir la más bella música, según creo, del mundo.

Lo creo, no lo sé. Bach, Mozart, Beethoven. Estoy acostumbrado a oír que son insuperables y yo mismo he llegado a imaginarlo. Y a decir que lo son. Particularmente preferiría no encontrarme en tal caso. En lo íntimo estoy seguro de que no me agradan y sospecho que todos adivinan mi entusiasmo mentiroso.

Nunca he sido un amante del arte. Si a mi hija no se le hubiera ocurrido ser pianista yo no tendría ahora este problema. Pero soy su padre y sé mi deber, tengo que oírla y apoyarla. Soy un hombre de negocios y sólo me siento feliz cuando manejo las finanzas. Lo repito, no soy artista. Si hay un arte en acumular una fortuna y en ejercer el dominio del mercado mundial y en aplastar a los competidores, reclamo el primer lugar en ese arte. La música es bella, cierto. Pero ignoro si mi hija es capaz de recrear esa belleza. Ella misma lo duda. Con frecuencia, después de las audiciones, la he visto llorar, a pesar de los aplausos. Por otra parte, si alguno aplaude sin fervor, mi hija tiene la facultad de descubrirlo entre la concurrencia, y esto basta para que sufra y lo odie con ferocidad de ahí en adelante.

Pero es raro que alguien apruebe fríamente. Mis amigos más cercanos han aprendido en carne propia que la frialdad en el aplauso es peligrosa y puede

arruinarlos. Si ella no hiciera una señal de que considera suficiente la ovación, seguirían aplaudiendo toda la noche por el temor que siente cada uno de ser el primero en dejar de hacerlo. A veces esperan mi cansancio para cesar de aplaudir y entonces los veo cómo vigilan mis manos, temerosos de adelantárseme en iniciar el silencio. Al principio me engañaron y los creí sinceramente emocionados: el tiempo no ha pasado en balde y he terminado por conocerlos. Un odio continuo y creciente se ha apoderado de mí. Pero yo mismo soy falso y engañoso. Aplauzo sin convicción. Yo no soy un artista. La música es bella, pero en el fondo no me importa que lo sea y me aburre. Mis amigos tampoco son artistas. Me gusta mortificarlos, pero no me preocupan.

Son otros los que me irritan. Se sientan siempre en las primeras filas y a cada instante anotan algo en sus libretas. Reciben pases gratis que mi hija escribe con cuidado y les envía personalmente. También los aborrezco. Son los periodistas. Claro que me temen y con frecuencia puedo comprarlos. Sin embargo, la insolencia de dos o tres no tiene límites y en ocasiones se han atrevido a decir que mi hija es una pésima ejecutante. Mi hija no es una mala pianista. Me lo afirman sus propios maestros. Ha estudiado desde la infancia y mueve los dedos con más soltura y agilidad que cualquiera de mis secretarías. Es verdad que raramente comprendo sus ejecuciones, pero es que yo no soy un artista y ella lo sabe bien.

La envidia es un pecado detestable. Este vicio de mis enemigos puede ser el escondido factor de las escasas críticas negativas. No sería extraño que alguno de los que en este momento sonríen, y que dentro de unos instantes aplaudirán, propicie esos juicios adversos. Tener un padre poderoso ha sido favorable y aciago al mismo tiempo para ella. Me pregunto cuál sería la opinión de la prensa si ella no fuera mi hija. Pienso con persistencia que nunca debió tener pretensiones artísticas. Esto no nos ha traído sino incertidumbre e insomnio. Pero nadie iba ni siquiera a soñar, hace veinte años, que yo llegaría adonde he llegado. Jamás podemos saber con certeza, ni ella ni yo, lo que en realidad es, lo que efectivamente vale. Es ridícula, en un hombre como yo, esa preocupación.

Si no fuera porque es mi hija confesaría que la odio. Que cuando la veo aparecer en el escenario un persistente rencor me hierve en el pecho, contra ella y contra mí mismo, por haberle permitido seguir un camino tan equivocado. Es mi hija, claro, pero por lo mismo no tenía derecho a hacerme eso.

Mañana aparecerá su nombre en los periódicos y los aplausos se multiplicarán en letras de molde. Ella se llenará de orgullo y me leerá en voz alta la opinión laudatoria de los críticos. No obstante, a medida que vaya llegando a los últimos, tal vez a aquéllos en que el elogio es más admirativo y exaltado, podré observar cómo sus ojos irán humedeciéndose, y cómo su voz se apagará hasta convertirse en un débil rumor, y cómo, finalmente, terminará llorando con un llanto desconsolado e infinito. Y yo me sentiré, como todo mi poder, incapaz de hacerla pensar que verdaderamente es una buena pianista y que Bach y Mozart y Beethoven estarían complacidos de la habilidad con que mantiene vivo su mensaje.

Ya se ha hecho ese repentino silencio que presagia su salida. Pronto sus dedos largos y armoniosos se deslizarán sobre el teclado, la sala se llenará de música, y yo estaré sufriendo una vez más.

Augusto Monterroso. "El concierto" en cuentos, fabulas y lo demás es silencio. México: Alfaguara, 1996.

Preguntas después de leer:

1. ¿Qué preguntas de la sección antes de leer efectivamente estaban en el cuento?
2. Marca aquellas afirmaciones que representan la actitud del padre.
 - Está seguro de que su hija es una excelente pianista.
 - Duda de la calidad artística de su hija.
 - Se siente muy tranquilo antes del concierto.
 - Ama la música.
3. El cuento relata sobre:
 - a. Una niña que quiere cumplir un sueño.
 - b. Un pianista que recuerda su primer concierto.
 - c. Lo que piensa un padre frente a la presentación de su hija.
 - d. Lo que siente una niña que está a punto de dar un importante concierto.
4. ¿Cómo se siente el padre al darse cuenta de que no puede ayudar a su hija a sentirse una mejor interprete?

5. ¿Qué te parece la relación que el padre establece con su hija?, ¿por qué?
6. Marca por lo menos tres verbos en los cuáles se note l narrador, luego diga a cuál corresponde y justifique su respuesta con pasajes de la historia.
7. Explica el tiempo de la historia y del relato que hay en el texto. Para ello puedes ayudarte de un esquema o simplemente explicarlo en un párrafo.
8. Establece cuál es la visión de mundo que desarrolla el autor en su texto, para ello puedes recurrir a citas que demuestren lo que tú estas señalando.

- RECURSOS EDUCATIVOS ADICIONALES:
<https://www.youtube.com/watch?v=2ook81Cr74o>
<https://www.youtube.com/watch?v=uVnK7ZGlmSk>